

Adan terreno, representaremos inmortales al celestial, y siendo sus miembros vendremos á ser un cuerpo con nuestra cabeza Christo. Quando sopló Dios al hombre que habia formado de la tierra le infundió el alma: yerran los que piensan que ya la tenia, y con el soplo la santificó, y para esto alegan que así dió Jesus el Espíritu Santo á sus Apóstoles, porque aquel soplo no fue substancia, sino señal, en la que nos quiso advertir que de él como del Padre procede el Espíritu Santo: el espíritu en griego se llama pneuma, el soplo pnoen, que los nuestros interpretan soplo, inspiracion, y tal vez alma; mas para significar al Espíritu Santo siempre dice la Escritura Pneuma. Si creyéramos que el alma era de la misma substancia de Dios porque la hizo con su soplo, seria una impiedad: así como nosotros formamos del ayre que nos rodea un soplo, Dios tambien de la nada crió el alma del primer hombre. Despues de la resurrec-

cion el espíritu vivificante mantendrá vivo al cuerpo con una vida gloriosa; pero los malos aunque no podrán dexar de ser por haber dexado la fuente de la vida, que es Dios, estarán siempre muriendo como los ángeles apóstatas.

TOMO OCTAVO.

LIBRO XIV.

CAP. I, II, III y IV. Por haber pecado nuestros primeros padres quedó viciada la naturaleza, y los hijos de Adan iban precipitados á la muerte segunda; pero quiso la bondad de Dios librar algunos por el beneficio de su gracia. En todo el mundo podemos decir conforme á la Escritura solo se advierten dos ciudades, una de los que viven segun el espíritu, y otra de los que viven segun la carne. No se habla de los Epicureos que ponian la felicidad en los deleytes sensuales, ni de los Estoicos, porque estos aunque coloca-

ban el sumo bien en el alma, unos y otros vivian segun la carne en el sentido de las Escrituras; porque San Pablo no cuenta solo las torpezas entre las obras de la carne, sino los vicios del ánimo, las iras, las envidias &c. Por mas que digan los Platónicos no es el cuerpo corruptible el que hace al alma pecadora; antes bien el alma, nos dice la fe hizo al cuerpo corruptible. El demonio no tiene carne, y con todo eso tiene odio y envidia, vicios que son hijos de la soberbia, y San Pablo los llama obras de la carne, porque así como por ellos se perdió Satanas, tambien los hombres pierden á Dios. El hombre que no vive segun Dios, no vive segun la verdad; y así todo pecado se puede llamar mentira, porque busca el bien en la propia voluntad de la que solo ha venido el mal.

CAP. V, VI y VII. Dice contra los Maniqueos, que se hace injuria al Creador aborreciendo la carne, la que en su

orden es buena, y así lo malo es vivir ordenando su vida á solo el bien criado, sea que ponga su bien en la carne ó en el alma; aunque no es tan grosero el error de los Platónicos, que dixeron que de los miembros mortales venian los deseos y temores &c. Pero si ya purificadas las almas tienen deseo de volver á los cuerpos, este no puede venir de la carne. La voluntad es la que desea ó teme: desea quando apetece, teme quando no quisiera el mal. Ninguno es malo por naturaleza, sino por la mala voluntad, la qual en vez de aborrecer el vicio y amar al hombre, aborrece tambien al hombre contra el precepto de Dios. El que ama al próximo y á sí mismo segun Dios, tiene caridad ó amor: he puesto estas dos voces porque algunos piensan que el amor se toma en mala parte; pero la Escritura, segun la pregunta de Christo á San Pedro: *Petre, amas me? diligis me?* uno y otro lo entiende en buen sentido. Digamos pues

que la voluntad recta es amor bueno, y la perversa es amor malo. Quando se dice concupiscencia ó codicia, sin decir de que, se toma en mala parte. El temor puede ser bueno, como quando se teme que suceda lo que es malo.

CAP. VIII y IX. Decian los Estoicos que su sabio solo tenia voluntad y no deseo, gozo y no alegría, cautela y no temor; pero no tiene tristeza, porque esta procede del mal que sucedió, y al sabio nunca le sucede mal. El necio es el que desea, se alegra, teme y se entristece. La Escritura dice que los impios no gozan, aunque se alegran: el justo no goza en la iniquidad; pero la malicia aunque no goza se lisonjea: mas tambien hay gozo malo: los malos gozos del alma, dixo Virgilio, por los placeres ilícitos; la tristeza que los filósofos dicen que es mala, tambien puede ser buena segun San Pablo: no me alegro de que esteis tristes, sino de que lo estais para la peni-

tencia. En la Ciudad de Dios los buenos como tienen recta voluntad todo en ellos es recto, temen el castigo eterno, se duelen quando padecen, se alegran con la esperanza, temen caer en pecado, y no por esto son necios. Estas afecciones pues no son malas: antes bien es mala señal no tener estas afecciones, como dice San Pablo, y no se halla en esta vida la impassibilidad que los filósofos pretenden. Esta apatía sería un pasmo del alma, y peor que todos los vicios. Solamente no habrá temor en aquel estado en que será perfecta la caridad, y en esto se nos descubre cómo deben ser los que van peregrinando á la Ciudad de Dios viviendo segun Dios, y no segun el hombre, y como serán en la inmortalidad. Los que viven segun las doctrinas de los hombres, padecen estos afectos humanos con perturbacion; y si algunos los moderan, se ensorbecen de manera que por estar mas hinchados sienten menos el dolor.

20 CAP. X, XI y XII. En el paraíso no sentían temor de la muerte ni del pecado, el que evitaban con tranquilidad: no miraban al árbol para desearle, no les ofendía la perturbacion del ánimo, ni incomodidad del cuerpo, y así hubieran permanecido hasta cumplirse el número de los predestinados. Si esta era la vida del paraíso, ¿quál será la de la gloria? pero en la presciencia de Dios estaba que el hombre que crió bueno había de pecar. La buena voluntad es obra de Dios, porque con ella le crió el Señor. La mala voluntad es vicio, y así se halla en la naturaleza como viciada, aunque pueden hallarse los bienes sin males como en Dios, pero el mal se puede hallar en lo bueno como el pecado en la naturaleza, que Dios crió buena, y esta nada pierde quando la quitan el pecado, sino que sana. La serpiente viendo que Adán solo podía ser persuadido con el error de otro, se valió de la muger, y á esta condescen-

dió como Salomon quando adoró ídolos, no engañado, sino por no contristar á las que los adoraban: en lo que se engañó Adán fue en cómo tomaria Dios la excusa que había de dar. A nadie le parezca leve la culpa porque fue cosa de comida: lo grave estuvo en no obedecer, habiendo criado Dios al hombre para que viviese sujeto á su precepto: y quanto este fue mas facil de observar, mucho mayor fue el pecado.

CAP. XIII, XIV y XV. Antes del pecado tan horrendo precedió la mala voluntad, y el principio de esta fue la soberbia, que es un apetito de perversa grandeza, con la que dexó á Dios que debía ser estimado mas que quanto se nos proponga como bien nuestro. La naturaleza tiene el ser por beneficio de Dios, y el degenerar de aquel ser proviene de la nada en que se fundó: bueno seria que el hombre hubiera levantado su corazón; pero mirando á Dios, y no á complacerse á sí mismo: no causa admiracion que la

humildad nos ensalce, pues esta nos junta con Dios que es el ser supremo, ni que la soberbia se quede debajo, pues al soberbio le retira Dios de sí al lugar inferior; y de este modo á la Ciudad de Dios fundada en Jesu-Christo, cuya humildad se celebra, se la encomienda esta virtud. Tan necesaria es la humildad, que hasta los pecados los permite Dios tal vez para humillarnos. Pero es necesario confesarlos sin excusarnos, como nuestros primeros padres que con la disculpa hicieron mayor su pecado, quando la soberbia de Eva se quiso excusar con el demonio, y la soberbia de Adan con la muger. El castigo de la desobediencia consiste en que el hombre por no obedecer á Dios, esté mal consigo mismo, y pase una miserable esclavitud baxo el poder del que le incitó á pecar. ¿Qué castigo puede ser mayor que el verse el hombre desobedecido de sí propio? Su carne le es molesta, su espíritu vive en-

re temores y vanas esperanzas, la ira le enciende en tal deseo de venganza, que quisiera tomarla aun de lo insensible, como quando arroja la pluma porque no le sirve bien: de este modo el que no quiso sujetarse á Dios, nunca sujetaría sus mismos apetitos, á no asistirle la gracia por el Redentor.

CAP. XXV, XXVI, XXVII y XXVIII. Se omiten antes algunos capítulos que contienen puntos que no estarian bien en lengua vulgar. En estos se dice que ninguno vive como desea, porque aun el justo no quisiera vivir esta miserable vida, sino la eterna: y como ninguno es bienaventurado sino quando posee quanto quiere, no tiene en esta vida la bienaventuranza. Si alguna vez fue feliz, lo era en el paraíso, en donde libre del miedo y la tristeza amaba á Dios con puro corazón. El apetito de la generacion es vergonzoso despues de la culpa, pero antes no lo hubiera sido. Dios nos libre de

pensar que no pudieron en el paraíso tener hijos sin la torpeza del apetito, pues se hubieran conocido los esposos con una voluntad tranquila, así como se ejecutan otras acciones de la vida. Pero aun después halló la divina sabiduría modo de completar el número de sus escogidos, venciendo estos el desorden del apetito con la gracia por Jesu-Christo; y así se manifestó lo que merecía la culpa, y lo que su misericordia había de conceder por su Santísimo Hijo. De este modo la malicia no turbó el orden de la providencia. Permitió que el ángel malo tentase al hombre, porque este le podía vencer poniendo su confianza en el auxilio de Dios; pues si con el libre albedrio podía vencer y ser vencido, tenía la victoria en la gracia, y la caída en sola su flaqueza en castigo de su soberbia. Concluye el Santo este libro con aquella famosa sentencia: dos amores fundaron dos ciudades: el amor propio despreciando á Dios fabricó la ter-

rena; y el amor de Dios llegando hasta el desprecio de sí mismo, edifica la Ciudad de Dios. Los de la ciudad terrena solamente respetan en los poderosos el poder: la celestial respeta en los Reyes la voluntad de Dios que manda obedecerlos.

LIBRO XV.

CAP. I, II y III. Habiendo salido San Agustin de las cuestiones difíciles que suscitan los filósofos sobre el principio del mundo, repara en lo que dice San Pablo: "que no es primero lo espiritual, sino lo que es animal;" pues primero nacimos con la naturaleza manchada con la culpa, y después sobrevino la redención y la gracia, con la qual nacimos de Jesu-Christo fundador de la santa Ciudad: primero nace el hombre ciudadano del siglo, y después se hace con la gracia ciudadano del cielo. Aunque no todos los malos serán buenos, ninguno será bueno que antes no haya sido malo: fundó Cain, que era

malo, una ciudad; pero Jacob no quiso tener en este mundo ciudad permanente, porque los buenos que pertenecen á la Ciudad de Dios, viven en esta vida como peregrinos y en tierra extraña. Se propone el texto de San Pablo que en los dos hijos de Abraham, uno de Agar esclava, y otro de Sara libre, entendió los Judíos carnales, y los Christianos que son espirituales y deben su libertad á Jesu-Christo, y dice: á los ciudadanos de la ciudad terrena los produce la naturaleza esclavizada con el pecado, á los de la ciudad celeste los pare la gracia libertando la naturaleza del pecado, y así se nos encomienda que no olvidemos este beneficio divino. Aunque es beneficio de Dios el nacer, pero es del orden natural: mas el nacer de la gracia por Jesu-Christo es un favor indebido; pues así como Sara parió á Isaac, figura de los buenos, quando ya no habia en ella fecundidad: así quando en la naturaleza humana no habia

despues de la culpa principio ni derecho á la predestinacion y santidad, la plantó Dios en nosotros con el favor de su gracia.

CAP. IV, V y VI. Esta ciudad terrena tiene su bien en este mundo, y en él se alegra; pero no la falta la afliccion en el mismo vicio, del que procede que siendo esclava de este quiere esclavizar á otros: y no pretende en sus guerras y disensiones la verdadera paz, sino la que espera gozar poseyendo las cosas de la tierra. No hay duda que los bienes de este mundo son bienes y don de Dios; pero como no pueden dar satisfaccion entera, dexan en la miseria á los que no aspiran á los bienes de la santa ciudad en donde está la eterna paz. Se parecia Cain fundador de la ciudad terrena á Rómulo que edificó á Roma ambiciosa, pues uno y otro quitaron por la envidia la vida á su hermano; pero si la envidia de Rómulo fue porque Remo no reynase, la de Cain no tuvo este motivo, porque Abel no que-

ria el dominio en esta vida: fue la envidia de Cain diabólica, porque, como el diablo, aborreció á su hermano bueno solo porque era bueno, sin advertir que por mas bondad que un Santo tenga á ninguno estorba para que sea bueno. Pelean los malos con los malos; y aun los buenos quando no han llegado á la perfeccion tambien pelean con los buenos al modo que pelean consigo mismos, apeteciendo el espíritu contra los deseos de la carne; pero llegará la sanidad quando consigan la última victoria. Los que pertenecen á la Ciudad de Dios tienen que sufrir defectos unos de otros: los mas espirituales corrigen con mansedumbre á los que pecan, considerando que pueden ellos caer: y si tienen alguna disension se reconcilian en el mismo dia, pues sin la paz con su hermano ninguno podrá ver á Dios.

CAP. VII, VIII, IX, X y XI. Habla del pecado de Cain, y dice que por mas que Dios le habló y le avisó no desistió

de su culpa: á Cain imitan los que no ofrecen sacrificios por hacer la voluntad de Dios, sino para que los ayude en sus apetitos, como los Gentiles que se valian del amparo de sus Dioses para gozar del mundo. Despues le dixo que no se volviese contra su hermano por motivo de su propia culpa, sino contra sí mismo, que esta era la medicina saludable, y no la envidia contra Abel. Fue Cain figura de los Judíos que mataron á Christo por envidia, siendo el pastor que buscaba las ovejas escarriadas de Israel. Quando se dice que Cain fundó una ciudad y la puso el nombre de su hijo, tengan presente los que en esto dificultan que ya habia muchos hombres en el mundo, aunque el Escritor sagrado nombra pocos, pues su intencion solo era decir los que se iban sucediendo hasta Abrahan, y sus hijos que habian de ser el pueblo de Dios, y de paso nombra los que pertenecian á la ciudad terrena, y así puso la genealogía

de Cain malo, y la del inocente Abel. Ademas de que los hombres que vivieron antes del diluvio por ochocientos y novecientos años pudieron ver gente para fundar no una sino muchas ciudades: el Santo es de parecer que los primeros no solo fueron de vida mas larga, sino de estatura mas robusta: hasta la nona generacion en que nació el padre de Noé discrepan poco los Hebreos y los nuestros; pero en la suma de los años de Lamech parece que sobran catorce años despues del diluvio: dice que pues los Setenta no mintieron en un punto que no les hacia al caso mudarlos, y la Iglesia los ha recibido como mas auténticos, pensaron algunos que los Judíos mudaron alguna cosa por disminuir la autoridad de esta traduccion.

CAP. XII, XIII, XIV y XV. Convence á los que dixeron que los años de los Hebreos eran de tres meses, como los de los antiguos Egipcios; porque si Cainan en-

engendró á Malael quando tenia setenta años, se sigue que le engendró á la edad de siete años naturales, lo que es increíble. Quando no concuerda la suma de los Hebreos con la nuestra, como en los años de Lamech y Matusalen, no debemos culpar á los Judíos ni á los Setenta que tambien lo eran, no mintieron, sino que se habrá deslizado error de copia. Vuelve el Santo á probar que los años anteriores al diluvio eran como ahora, y no de tres meses, porque dice la Escritura que descansó el arca sobre los montes de Ararath en el dia 22º del séptimo mes, y el agua fue disminuyendo hasta el mes undécimo. A los que preguntan si es creible que estuviesen sin tener hijos, como dicen los santos libros, pues algunos pasaban ya de cien años, responde que tal vez la pubertad correspondia á lo dilatado de la vida, ó que solo se señalan los hijos que formaban la linea hasta Noé: y advierte que no quiso el Espíritu Santo notar los tiem-

pos antes del diluvio en las generaciones de la ciudad terrena, sino en las de la celestial, como mas digna de memoria. Esto se observa en la genealogía de Christo segun la carne: aunque Abraham engendró primero á Ismael, el Evangelista no le nombra, y dice: *Abraham genuit Isaac: Isaac genuit Jacob*: sin acordarse de Esaú, pues por este no hubiera llegado á David.

CAP. XVI y XVII. No hubo en los primeros hermanos arbitrio para dexar de casarse con las hermanas; pero despues que cesó la necesidad ya no lo hicieron: hasta los que vivian en la idolatría conocian cierta conveniencia en celebrar los matrimonios con las que no eran parientas, porque así nacia nuevos vínculos que unian las familias unas con otras, y se extendia el vínculo de la sociedad. Despues vemos tan abominada en la Escritura esta comunicacion con las hermanas, como si nunca hubiera sido lícita, y

así con justa razon se tiene por horrible: aun para el casamiento con las primas tiene la modestia humana no sé qué qualidad que refrena el apetito. Ya desde los hijos primeros de Adan empiezan á manifestarse las dos ciudades, porque si Cain fundó en este mundo su ciudad, no la construyó Seth, que significa resurreccion, en cuya linea advierte el Santo que no se ponen nombres de mugeres, porque en la resurreccion no se casarán, y se verá la ciudad del siglo venidero; pero la ciudad terrena solo espera lo que se puede ver en este mundo.

CAP. XVIII, XIX y XX. Sobre aquellas palabras del Génesis: Enós, hijo de Seth, esperó invocar el nombre del Señor, advirtió San Agustin que los que pertenecen á la Ciudad de Dios, entre tanto que peregrinan en este mundo, fundados en la fe de Jesu-Christo, viven con la esperanza de la resurreccion. No sin misterio se dice que Enós empezó á invocar el

nombre de Dios, pues aunque antes le habia invocado Adan en el nacimiento de Seth; pero de Enós que significa resurreccion, habia de nacer un pueblo que fundase su esperanza en resucitar con Christo. Enoch, séptimo en las generaciones de los hijos de Adan, fue trasladado como dedicado á Dios, pues su nombre quiere decir *dedicacion*, porque en el descanso eterno significado en el Sábado ó dia séptimo, quedará la Ciudad de Dios con todos sus habitantes dedicada á Jesu-Christo. Pero si alguno pregunta si el Historiador sagrado tenia este objeto en referir las generaciones de Seth hasta llegar á Abrahan, y refiere la genealogía de Christo, ¿por qué razon pone las generaciones de Cain? Responde que estas llegan hasta el diluvio, en el que feneció toda la ciudad terrena: y si despues se volvió á ver en los hijos de Noé, es porque nunca en esta vida dexarán de estar mezclados los que pertenecen á la Ciudad de Dios con

los que viven segun la carne. Aquí suscita el Santo varias quèstiones sobre el motivo que puede haber para que sean tan pocos los xefes de familia hasta el diluvio, habiendo pasado, segun los libros de los Hebreos, mil seiscientos cincuenta y seis años, y segun los nuestros mil doscientos sesenta y dos.

CAP. XXI, XXII y XXIII. La genealogía de la ciudad terrena solo se contó desde Cain homicida hasta Lamech, que tambien mató á Cain. La de la ciudad de Dios llega por Seth hasta Abrahan, y desde este hasta Jesu-Christo: y esto es porque delante de Dios se desvanecerán todas las esperanzas de los hombres, y solo permanecen los que ponen su confianza en Jesu-Christo, y no miran á las vanidades humanas. Se cuentan las generaciones desde Adan, porque de una misma masa corrompida con la culpa escogió Dios por gracia los que en su ciudad son vasos de misericordia, y dexó á otros en su

miseria para que los de su santa ciudad no confien en los sentimientos del libre albedrio, sino que esperen invocando el nombre del Señor que da la buena voluntad: con el libre albedrio podrán dexar lo bueno para hacer lo malo; pero apartarse de lo malo para executar lo bueno solo se hace con el auxilio de Dios. Los hijos de Dios, esto es, los ciudadanos de la ciudad que peregrina, se aficionaron á las mugeres que desde el principio se habian criado con malas costumbres, porque eran hermosas, y dexaron el bien incomparable por un bien comun á buenos y á malos, qual es la hermosura, en lo que trastornaron el orden dexando á Dios por la criatura, desamparando la virtud, la que consiste en guardar el orden del amor; por lo qual pide la Iglesia á su esposo que ponga el orden en su amor. Trata el Santo la cuestión, si pudiéron los ángeles malos mezclarse carnalmente con las hijas de los hombres, y cita por la afirmativa varios

autores antiguos, y si hubo gigantes que nacióron de esta mezcla: pero esta palabra gigantes quiere decir hijos de la tierra, esto es, hombres que pusieron su corazon en las cosas de la tierra, y se olvidaron de Dios. Dice aquí San Agustin, que quando varian en alguna cosa los Setenta, no debe tenerse por variacion, sino por interpretacion profética dictada por el Espíritu Santo: dice tambien, que aunque San Judas Tadeo cita palabras del libro de Enoch, con todo no pertenece á las Escrituras Canónicas, que los Sacerdotes guardaban en el templo.

CAP. XXIV, XXV, XXVI y XXVII. La ira de Dios no es como en nosotros movimiento de la pasion, sino que significa la sentencia con que da la pena al pecado: y aunque dice la Escritura que se arrepintió, no quiere significar que se mudó, sino que habria mutacion en las criaturas. En virtud de la presciencia nada sobreviene á Dios de nuevo; pero usa la

Escritura de voces que puedan aterrar á los soberbios, y despertar á los negligentes: el arca fue figura de la Iglesia, que entra en el puerto por medio de la cruz: las mismas proporciones hay en la construcción del arca que en la estructura del cuerpo humano, como le habia de tomar Dios Hijo. La puerta en un lado del arca significa la llaga del costado, de donde salieron los sacramentos &c. Ninguno piensa que en quanto se dice del arca, solo se atendió á la historia: no puede menos de observarse alegoría en que los animales limpios fuesen siete, y los inmundos dos. Aquí se ve en el Santo, que ya en su tiempo ponian las dificultades que ahora renuevan los impíos sobre la cantidad de aguas que se necesitaba para cubrir la tierra, y la capacidad del arca para contener tantos animales. Cita á Orígenes, que dice de Moyses, que supo bien la geometría versado en las ciencias de Egipto, cuyos codos valian seis de los nuestros, y muy

grande seria sin duda una arca, en cuya construcción se empleó el tiempo de cien años. Concluye el Santo este libro dando solución á todos los débiles argumentos de los impíos de su tiempo, y los del nuestro.

TOMO NONO.

LIBRO XVI.

CAP. I, II y III. No se puede resolver por los libros Canónicos quales fueron los caminos de la Ciudad de Dios despues del diluvio, pues solo se hallan alabados por Noé sus dos hijos Sem y Jafet hasta que se llega á Abrahan, cuya religion y santidad celebra la Escritura: pero dice que Cam, segundo hijo de Noé, fue maldito en su hijo Canaan. En Christo vemos que fueron profecías los hechos de este Patriarca. Sem quiere decir nombrado; de éste nació Christo segun la carne, y en todo el mundo se ha esparcido su nombre como un suavísimo